

ALCANCES Y LIMITES DEL NUEVO PROTAGONISMO CATOLICO

César Pérez*

Introducción

El protagonismo de la Iglesia Católica oficial durante la presente década de los ochenta, contrasta sorprendentemente con el conservadurismo y auto-encerramiento que ésta practicó durante la década de los setenta.

Sorprende aún más, porque tal parece que el problema de la autopercepción de ser una institución débil en cuanto al número de sacerdotes y de jóvenes con vocación para este ministerio, junto a la enorme brecha existente entre *culto religioso oficial* y *culto religioso popular*, fue uno de los factores que llevó a la iglesia de los setenta a que se haya revelado en la presente década.

Quizás ha sido una tendencia que apunta hacia una mejor situación. Es posible que el retorno hacia la religión (no necesariamente hacia el catolicismo oficial) de parte de un considerable número de individuos, haga menos preocupante la debilidad real de la iglesia oficial en términos de feligreses. Pero todo esto no es suficiente para poder hablar de una institución que adquiriría una fortaleza real, o bien sea, la

* Doctor en Sociología (Universidad de Roma). Profesor en la UASD e INTEC.

fortaleza que resulta de una membresía numerosa y devota de acuerdo al ideal de devoción que se supone debería de tener una feligresía.

La debilidad persiste en ese orden, sin embargo, el protagonismo católico y los resultados del mismo dan cuenta de una incuestionable percepción (real o no) de la fuerza e importancia de la iglesia en la sociedad dominicana, y fundamentalmente en el sistema político del país.

Habría que preguntarse sobre el por qué de ese contraste, de cómo una institución con tantos problemas internos, con voces y voceros regionales y parroquiales tan diversos -algunas veces disonantes-, con una tendencia a la disminución de sacerdotes en actividades pastorales con relación al número de habitantes, con un aumento de las religiones y organizaciones para prácticas religiosas concurrenciales; y sin embargo, al mismo tiempo, con un crecimiento de sus posibilidades mediadoras, o por lo menos un aumento de los actores que requieren de sus oficios para zanjar conflictos o para "enderezar entuertos".

Sería importante explicarse las razones de un protagonismo que por momentos sitúa el catolicismo oficial al centro de los conflictos políticos, al centro de los actores cuya acción constituye el ámbito donde se desarrolla el sistema político dominicano. A veces siendo parte fundamental de las comisiones para arbitrar conflictos políticos básicos del sistema, parte de la comisión que en los hechos se constituyó en la Junta Central Electoral durante la crisis político-electoral de 1986; su papel en el fracasado "Diálogo Tripartito" de 1988, y últimamente la mediación para tratar de reunificar el Partido Revolucionario Dominicano (PRD), la cual, de lograrse (al momento de escribir estas líneas, es muy difícil que así sea), daría a este partido las posibilidades de reconquistar la dirección del gobierno del cuatrenio que se iniciará en 1990.

El intento explicativo de esas razones constituye las bases de las siguientes líneas, sin pretender una interpretación exhaustiva, sólo queriendo (como siempre se dice) llamar la atención sobre un hecho de significativa importancia para quienes estamos interesados en los problemas de la iglesia y de la sociedad.

La política y lo sacro

Hay una idea de que el progreso social y el desarrollo del conocimiento científico traen consigo la desaparición del deseo o necesidad de la expresión religiosa del individuo. La misma predominaba durante el Iluminismo de 1700 y el positivismo del 1800, pues la relación que existió entonces entre las cúpulas religiosas con el Estado y las élites

dominantes se constituían en un dato que en cierta medida justificaba la idea arriba mencionada.

Pero hoy día, más que en épocas pasadas, lo sacro emerge con una fuerza tal que gravita en las esferas de la vida social, y de manera más acentuada, en la esfera política. Lo sacro, en una época irradiada de la política, vuelve a ésta, a veces con intenciones de orientarla y hasta de sustituirla. Este fenómeno, como todo fenómeno cuando empieza, tiene una fuerza que a veces confunde linderos.

En nuestro país la religión vuelve a ocupar una posición de primer plano en la vida político-social, siguiendo lo que parece ser la lógica del momento a nivel mundial; y de manera muy concreta siguiendo la principal orientación del presente papado. Sin embargo, hay importantes factores que deberán ser determinantes para establecer infranqueables límites al protagonismo católico, no sólo en cuanto al ámbito en que se desarrolla, sino en términos del tiempo que dure el papel protagónico.

Durante toda su historia, y de manera particular en las primeras décadas de su vida republicana, toda la debilidad institucional y pobreza del país se reflejó en la Iglesia Católica. La pobreza de ésta, la escasez de medios para el ejercicio del ministerio de la fe y de la educación, impidieron que el catolicismo se convirtiera en un elemento importante no sólo en cuanto a práctica religiosa, sino para la creación del sentimiento nacional dominicano.

Las relaciones Estado-Iglesia comenzaron a ser tirantes desde el segundo año de la existencia republicana del país, cuando Santana decretó que "todo gravamen y ventas establecidas en favor de la Iglesia eran declaradas abolidas".

Además de otras medidas que lesionaban los intereses materiales de la Iglesia, posteriormente se legisló a favor de ordenamientos jurídicos que fueron vigentes durante la ocupación haitiana, no en favor de la institución.

Esto significó una imposibilidad para la institución religiosa de tener una relación con el poder temporal que le garantizase una mayor influencia sobre la sociedad civil.

La tirantez se tradujo a veces en expulsión de sacerdotes, e incluso se llegó hasta la expulsión del padre Meriño, la principal figura del catolicismo oficial del país en el pasado siglo.

Esto reflejaba el escaso poder de la institución religiosa en sus relaciones con el Estado. Esto muy a pesar del prestigio que logró la Iglesia por su oposición a la dominación haitiana.

Su influencia en la sociedad civil también era pobre, dados los limitados recursos materiales de que disponía, y sobre todo a que la religiosidad popular bien podía ser practicada sin la mediación de ministros oficiales, ello así, entre otras razones, por la diferencia existente entre religión popular y religión oficial.

La casi completa desarticulación de la sociedad dominicana durante todo el pasado siglo y parte del presente, difícilmente podría dar lugar a la existencia de instituciones educativas y de carácter doctrinario sólidas y con raíces en la población.

Sin embargo, esto desmiente el hecho de que muy a pesar de esa contestación, la Iglesia siempre buscó ser el elemento legitimador fundamental de los diferentes gobiernos que se iban sucediendo, o dicho de otra manera, pero sin cambiar la realidad de lo afirmado, los gobiernos buscan su legitimación en el apoyo de la institución religiosa.

"La cruz señaló el camino", como decía Juan F. Pepén -1954-, por la cruz se hizo la colonización y ella fue el símbolo patrio, que como bandera significó el nacimiento de la República. Más era en gran medida eso, un símbolo que, como todo símbolo tiene su tiempo, su contexto y alto componente de ficción.

A pesar de ser buscada para la legitimación del poder, su vinculación con la sociedad nunca se galvanizó con un sentimiento de pertenencia y adhesión, fruto de la educación y de la producción intelectual que forjan los movimientos doctrinarios.

La Iglesia siempre careció de un número significativo de dignatarios nacionales que por su práctica e influencia en el pensamiento social, hiciesen posible hablar de la "Iglesia dominicana", o sea, como la Iglesia brasileña, polaca, italiana, etc., como instituciones que han contribuido a la creación de un pensamiento social doctrinario, que compite con otras corrientes, llegando en los dos últimos casos, a ser parte integrante del pensamiento nacional, y más que eso, como en el caso polaco, ser elemento fundamental en la creación de la nacionalidad.

Aquí, a diferencia de otros países, la educación teológica fue prácticamente inexistente hasta hace apenas unos cuarenta años, por lo cual, el pensamiento católico, su lugar en la producción de ideas fue de poca significación.

Ha sido un factor importantísimo para que la influencia de ministros religiosos extranjeros, por momentos haya sido determinante en las posiciones del catolicismo oficial sobre problemas políticos y sociales en cruciales coyunturas de la sociedad dominicana.

Quizás por eso ha jugado un papel tan deplorable en situaciones que han marcado negativamente el curso de la vida política dominicana, como fue el rol de la Iglesia durante los años 1962-63, cuando un clero con un peso específico de origen cubano se convirtió en el principal enemigo del tránsito hacia formas del ejercicio democrático, como tendía ser el gobierno de Juan Bosch en 1963.

La búsqueda de una función legitimadora del orden social, el deseo de ser rectora del orden institucional del país, llevó a la iglesia oficial a expresarse en su discurso y con sus hechos en contra del ejercicio de soberanía de parte del pueblo dominicano cuando éste eligió el gobernante de su preferencia. Para ejecutar su acción, la institución religiosa buscó como aliado a los sectores del poder económico, que se opusieron resueltamente a la opción presidencial elegida por la mayoría. Esto contribuyó a ensanchar la brecha entre la Iglesia y el pueblo pues en esa ocasión se hizo más patente la percepción popular de que la oficialidad del clero estaba unida a los intereses de los ricos.

Esa percepción no era sólo de los sectores populares, sino de importantes sectores del clero, los cuales hicieron pública la denuncia contra la obsolescencia del catolicismo oficial en materia doctrinal y su escaso interés por la suerte del pueblo.

Esto contribuyó al fortalecimiento y crecimiento de una nueva forma de entender la religión y lo religioso de parte de ese sector denunciante en los años 70, el cual tiene hoy una significativa presencia como otra forma de catolicismo, y, al mismo tiempo significó en esos mismos años, el repliegue y el abandono de la esfera de la política como lugar para el ejercicio de legitimación del orden social de parte del catolicismo oficial.

La preeminencia en el sistema político, alcanzada finalmente durante la "Era de Trujillo", ayudada por éste, la perdió a través de una presencia no exenta de errores durante el período post-trujillista, más arriba comentado.

El conservadurismo católico en materia de doctrina y pastoral que se vivió durante el papado de Pío XII, que coincidió en el tiempo con gran parte del período de Trujillo, resultaba un verdadero valladar para que el catolicismo oficial dominicano comprendiese los nuevos tiempos iniciados en los años 60 en la sociedad dominicana. No podía entender la irrupción de nuevos sujetos y actores sociales en el escenario político del país, con sus exigencias de participación y de pluralismo político e ideal.

De ahí que la nueva situación, no manejable con la vieja práctica, evidenció la real dimensión de espacio que separaba la Iglesia de su

grey. De manera que, siguiendo una constante en la historia de la dirección de esta institución, ella se retiró, se replegó hacia sus muros, reflexionando sobre su práctica, para retornar con redoblados bríos en búsqueda de un lugar en la sociedad en la que muy a pesar de su real fuerza, siempre se tornó protagonista.

El activismo de hoy, que contrasta con la automarginación de los años setenta, contrasta además, con el activismo exhibido en otras épocas tanto desde el punto de vista de su vastedad, como de su contenido. Reflexionar sobre esto último nos puede conducir a establecer los límites de dicho activismo, su fragilidad y quizás su carácter episódico. La amplitud de la presencia del catolicismo oficial en la sociedad dominicana de hoy, podrá buscarse en la confluencia de tres factores fundamentales: el primero, la eclosión de lo sacro a nivel mundial y su inmediata relación con lo político; lo segundo, la debilidad del sistema de partido y de las instituciones políticas dominicanas; lo tercero, la acción "secularizante" del actual papado.

La crisis del progreso

La idea de que el progreso, que la racionalidad, y como se dice ahora, del mundo moderno, tiene una evolución que se hace simultáneamente con un proceso de desacralización, se ha demostrado que es insostenible. Los hechos así lo dicen. La historia no marcha de manera diacrónica, lineal, sino de manera más compleja, a veces con sobresaltos que apuntan hacia formas de existencia de fenómenos que se suponían ya superados.

El "progreso", hoy se vive en profunda crisis; no ha resuelto expectativas y deseos del hombre de difícil cuantificación; no ha podido dar al hombre un sentido de "significado" a su vida. Esto ha determinado un movimiento bastante generalizado y abigarrado de búsqueda de ese significado, a través de la astrología, de la "ufología" (estudio del mundo de los OVNI), sectas varias, y naturalmente a través de la religión.

Se ha generalizado el debilitamiento de las instituciones sociales, de los valores, y sobre todo las relaciones interpersonales se tornan frágiles y de corta duración. Es algo así como una profunda crisis de civilización, cuya dimensión erróneamente se pretende limitar al occidente industrializado. La sociedad dominicana vive en parte esa crisis, y eso hace posible la emergencia de lo sacro, que se liga con lo político. Es más, se vincula incluso con las ideas políticas de la izquierda revolucionaria, pues en la carta utópica que ésta tiene, está presente de manera latente el sentimiento de lo trascendente, del "significado".

Son estos, entre otros, los factores que hacen posible, o por lo menos más viable el resurgimiento de la fuerte influencia de la Iglesia Católica oficial en la sociedad dominicana. Hacen que su latente sentimiento de ser la rectora del orden social del país, resurja nuevamente, esta vez unido al también sentimiento latente en la población de que lo sacro tiene una función no solamente trascendente, sino secular, y por lo tanto siempre está presta a servirse de dicha idea-percepción.

De aquí que en esta época de crisis de representación, de crisis del orden, de alternativas y de dificultad del poder para obtener su legitimidad, se forma una especie de sentimiento colectivo que tiende a exigir, de manera no siempre lineal, la formación de nuevos valores, de nuevas búsquedas más allá de lo meramente material, de formas de agregación social, en las que lo religioso hasta ahora ha aparecido de manera puntual como punto de referencia para el establecimiento de un orden que aunque no claramente definido, sí se tiene la certeza de que con él se supera una realidad insoportable.

Estas situaciones son coyunturales, hablan de la importancia que a través de la historia ha tenido la religión para los pueblos. Sin embargo, el hecho de que casi siempre haya sido así, no constituye un dato suficiente para que se pueda concluir que siempre será de ese modo. Las formas de la crisis pueden tomar otras direcciones, y los actores que las han orientado no siempre serían los mismos, pero el dato que me interesa destacar es que ese es el contexto donde se verifica la nueva vigencia del catolicismo oficial.

Debilidad del sistema político dominicano

Es este el segundo factor, y tiene como manifestación más saliente la crisis de representación, de liderazgo y de los partidos. También se expresa en una insuficiencia de las reglas del juego a través de las cuales se regiría la política, los conflictos de intereses y del mercado. Los mecanismos de mediación se encuentran bloqueados, por lo cual se apela a formas extra-institucionales para resolver los conflictos, interviniendo en este caso la institución religiosa, a la cual se recurre como forma de lograr la legitimación de los acuerdos logrados entre las partes en pugna.

La percepción colectiva o sentimiento interior de los individuos que busca la justificación para someterse a un determinado poder o aceptar determinadas reglas, como dice Weber, es canalizada hacia la religión, pues ésta, en una situación donde el uso de la violencia no es posible, o mejor dicho, es inútil, resulta ser un recurso imprescindible del sistema para mantener el orden establecido; esto así muy a pesar

de la crítica cada día más acentuada que formula la Iglesia en dicho sistema.

De esta manera la Iglesia Católica oficial puede exhibir un rol protagónico muy por encima de su peso específico en la sociedad civil, de su ascendencia en su feligresía en términos de doctrina, y de la existencia de una práctica de la religiosidad popular mucho más extendida que el seguimiento ritual oficial. Así que podríamos hablar más que de fortaleza de la Iglesia, de debilidad de las instituciones políticas dominicanas, de crisis social, de liderazgo y de representación, con una serie de nuevos actores que hacen demandas sin que el sistema tenga ni los medios ni las vías para satisfacerlas.

De ahí la necesidad de recurrir a la autoridad moral de la Iglesia, independientemente de lo antes señalado, para tratar de lograr acuerdos, a los cuales, a veces se llega sin establecer bases sólidas para que se mantengan, siendo muy recurrente el reinicio de los conflictos entre las partes contratantes, evidenciándose no sólo la fragilidad de las bases de los acuerdos, sino la debilidad de todas las partes envueltas; sobre todo de aquélla cuya función era de garantizar la aplicación de lo pactado. En tal sentido el carácter efímero de los acuerdos a que llegan los componentes esenciales del sistema político dominicano tendría mucho que ver con la debilidad de sus instituciones.

Nuevo replanteamiento de la relación con el Estado y con la sociedad

Con una débil estructura y una ausencia casi completa en el pensamiento dominicano, en épocas anteriores, la Iglesia Católica oficial estableció una relación con el Estado, basada en un tácito alejamiento de aquélla de la política, a cambio de beneficios materiales y el privilegio de ser la iglesia oficial del país. O sea, ella reclamaba un ámbito de influencia limitado en gran medida, a ser un punto de referencia moral y espiritual de la población, y, naturalmente, suguí. Ese era básicamente su objetivo, podía ser la fuente legitimadora del poder temporal a cambio de su predominio incompartido en las cuestiones doctrinales y de fe. Fue tan así, que durante gran parte de la dictadura trujillista (época de su gran desarrollo en el orden material), la Iglesia fue fiel cumplidora del principio "Dad al César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios", con el cual justificaba su alejamiento de la política, siendo indiferente ante los desmanes del tirano contra la población.

Con esto no se quiere establecer ningún juicio ético contra la institución, lo que interesa destacar es el hecho de que la iglesia oficial tuvo casi siempre como preocupación central, su desarrollo tanto en número

de fieles como en influencia espiritual, sin descuidar sus ventajas materiales para poder ampliar los objetivos antes señalados.

Cuando incursionó en la política, lo hizo para preservar posiciones ya ganadas, específicamente durante los primeros años del post-trujillismo, para defenderse del eventual avance de otros puntos de referencias doctrinales, aparecidos luego del advenimiento del pluralismo ideológico-político surgido en dicho período.

Pero fue una incursión que exigía al poder el mantenimiento de un orden social donde se le garantizaba el lugar privilegiado de depositaria de la legitimación espiritual del referido orden. No fue para abogar por otro orden, ni para establecer una condena a las injusticias que de él se derivan, fue para mantener una unidad católica en la fe, quizás no preocupándose mucho de si esa fe era de conciencia o de obligación.

La fortaleza eclesial se derivaba en parte de la debilidad del poder del Estado, y éste a su vez se reforzaba de la autoridad moral de aquella, era una simbiosis, que como toda forma de vida de esa naturaleza tenía que cambiar cuando se produjesen transformaciones en el contexto que hacía posible mantenerla.

En efecto, una vez que cambió la situación política tanto dentro como fuera del país, cambió dicha relación y por tanto la institución religiosa ha debido modificar sus relaciones con el poder, al menos desde el punto de vista de su retórica, hecho que no deja de ser importante para su relación con la sociedad civil. Hoy día las religiones tienen que confrontarse con profundos problemas de orden económico-políticos, culturales, con las nuevas relaciones entre los Estados y con la exigencia de igualdad de libertad de parte de un mundo que como se dijo una vez, "ha dicho basta y ha echado a andar".

Es un fenómeno mundial pero con sus particularidades en cada país. La Iglesia Católica lo ha enfrentado con una clara voluntad de incidencia en sus vertientes políticas, tratando de orientarlo hacia el cambio y hacia modificaciones en favor del pueblo, pero al mismo tiempo tratando de generalizar posiciones en torno a la fe, que no se corresponden con los tiempos de hoy.

Esa actitud limita considerablemente las posibilidades de la institución de hacer de su incidencia un medio eficaz para producir modificaciones significativas en las estructuras sociales que con justa razón condena, pues una posición de cerrazón en cuestiones doctrinarias hace que se hagan más tensas sus relaciones con quienes desde dentro y fuera de su organización mantienen una perenne discusión sobre problemas importantes como el celibato, voto de castidad, aborto, sexualidad, etc.

Hay una tendencia hacia la incidencia, y compromiso de acción política para exigir al orden social establecido que garantice derechos fundamentales para la población, es una voluntad de terminar la neutralidad ante el poder en lo relativo a la política, lo cual puede generar nuevas energías para la promoción de la idea de justicia y libertad, cosa esta muy importante, pero todavía sin establecer una clara diferencia de ella con ese poder. La tendencia hacia la incursión en la política la impulsa de manera enérgica el actual papado, y con ella coincide plenamente el catolicismo oficial dominicano. Llegamos de este modo al tercer factor, que como se dijo anteriormente, explica el activismo y protagonismo del catolicismo oficial en la sociedad dominicana.

Activismo y pluralismo, un problema no resuelto

La nueva actitud del Vaticano hacia la política se desarrolla no exenta de contradicciones. Su lenguaje secular, de condena a las injusticias, de una exigencia de una nueva relación entre los Estados pobres y ricos en la que estos últimos reconozcan los derechos de los primeros, la nueva idea sobre la función de la propiedad significan una novedad. Sin embargo, su conservadurismo en términos de doctrinas, el deseo de una unidad de la Iglesia al margen de las particularidades nacionales, se convierten en obstáculos insalvables para lograr un catolicismo capaz de convertirse en medio para lograr los objetivos (limitados) planteados en el lenguaje secular.

En efecto, el apego al tradicionalismo es contradictorio con la diversidad de exigencias de la pluralidad de actores y sujetos sociales emergentes, es contradictorio con la diversidad de opiniones y opciones presentes no sólo en la población, sino al interior de la misma Iglesia.

La tendencia hacia la unidad al margen de realidades diferentes apunta hacia un neo-integralismo rechazado por los tiempos, en todos los regímenes sociales, y de manera muy acentuada, en aquellas con Estados confesionales, incluyendo a los de experiencias socialistas.

Quizás sea esa una contradicción que dificulta que la institución religiosa pase de la retórica hacia la búsqueda de un planteamiento donde se esboce una idea más o menos articulada de un nuevo orden social capaz de lograr la justicia social deseada.

La nueva incursión en la política se hace dentro de un contexto muy diverso con exigencias de muchos sectores. Por un lado lo hace presionada por un reclamo generalizado de parte del pueblo de un orden social capaz de satisfacer las expectativas que le crea. Por el otro, sectores de la misma institución han sido receptivos a ese llamado (el actual jugó un papel de primer orden para que muchos de sus dignatarios

abrazasen la misión pastoral dentro de la Iglesia), llegando a plantear una práctica religiosa de compromiso no exento de profundas tensiones ideales y personales entre ministros e institución.

También existe otra contradicción, quizás la más importante, es que la incursión mencionada al hacerse dentro de un contexto que podríamos definir como "bajo el signo de nuevo papado", lleva consigo los límites y las contradicciones de la nueva actitud del Vaticano hacia los problemas políticos.

El papado de Juan Pablo II ha sido vigoroso y diligente en la retórica política, ha condenado sin ambages situaciones donde se limitan esenciales derechos del hombre, pero ha sido inflexible en cuanto a viejas posiciones de la Iglesia en cuestiones de fe, ha evidenciado una marcada tendencia integralista que no se corresponde con los nuevos tiempos donde el reclamo del pluralismo es cada vez más sentido y extendido.

Los altos dignatarios eclesiales dominicanos han hecho importantes condenas a la injusticia y a las formas del ejercicio del poder de los poderosos, pero al igual que el Vaticano, han querido mantener cerrado el debate en torno a problemas de fe, han presionado a quienes entienden una práctica pastoral de compromiso con los humildes y que también entienden las demandas y necesidades del hombre en esta sociedad más moderna.

Al interior de la iglesia oficial se ganan espacios, a veces se tolera la diversidad, pero las contradicciones afloran cuando esta diversidad reclama no la simple tolerancia, sino el reconocimiento de su existencia y de su derecho a expresarse como diferencia en cuanto interpretación de la práctica religiosa y en cuanto a la percepción y también a la cuestión de la jerarquía al interior de la Iglesia.

No es una posición de desafío a los escalones que toda institución supone, sino que la jerarquía debe dar cuenta de que "no sólo ha de ser asumida con espíritu de servicio, sino que es intrínsecamente un servicio, porque ha surgido en una comunidad que en su totalidad es servicio" (Dalmau Josep, 1971).

Esta y otras ideas son la expresión de una demanda de un pluralismo que debe comenzar a existir no sólo de hecho, sino de derecho, pues su no reconocimiento es una manifestación de que no se acepta el pluralismo al interior de la institución, y esto conduce necesariamente a pensar que tampoco se aceptaría fuera de ella.

El gran reto de la Iglesia Católica no sólo dominicana, sino de otras latitudes, es resolver el siguiente problema: Dar respuesta a una diversidad de demandas de pluralidad de sujetos y actores sociales que exigen mejoría de las condiciones materiales en que viven, y el derecho a una expresión de sus concepciones tanto en lo político como en lo religioso y en lo cultural, superando una visión del mundo totalizante y homogénea; abandonando la idea de que las transformaciones sociales que requieren los pueblos pueden ser hechas por las élites (no importa la clase que diga representar) o sólo por instituciones.

La acción transformadora no puede tener un solo punto de referencia de ideal, no es posible limitarla a una sola matriz cultural o ideal, porque ella al ser impulsada por individuos, grupos o clases, debería reflejar la diversidad de éstos.

La Iglesia oficial no ha resuelto estos problemas, y esto establece profundos límites a su acción, expresa su debilidad y diría también la imposibilidad de que ella sea el instrumento o el medio más idóneo para lograr un mundo donde el punto de referencia para producir el cambio o el progreso sea el individuo.

Lo mismo vale para aquellos sectores que se colocan dentro de otra perspectiva en cuanto a lo que se entiende función del Evangelio, pienso en el movimiento de la Teología de Liberación.

Es cierto que hoy no se busca simplemente "una colaboración amplia entre la Iglesia y el Estado" (Pepén, 1954), ahora se manifiesta una sensibilidad y un compromiso de defensa del pobre frente al poderoso, pero sin abandonar la idea de establecer un orden social basado en una acción que al ser orientada y pensada principalmente hacia la consecución de un fin último común a todos los individuos, hace de ella un objetivo imposible de lograrse, porque los actores no pueden y quizás ni siquiera quieren tener una unanimidad de criterios sobre dicho fin. La idea de un orden social basado en determinado presupuesto de racionalidad en la administración de las cosas, cuando es confundido con la búsqueda de un fin último del hombre, se pierde la ocasión de hacer de esa búsqueda de racionalidad un medio para la liberación del individuo. Situar cada cosa en su lugar es imprescindible para poder lograr que todas las voluntades se expresen en un solo sentido: en el sentido de la liberación. Este problema no ha sido resuelto por los marxistas ni por las iglesias.

De modo que es éste uno de los grandes nudos a desatar; la dificultad para hacerlo marca la gran debilidad de los grandes proyectos de orden social en la época actual, pues ninguno ha renunciado a la idea de un orden confesional, cosa ésta fuera de época; pues la tendencia

de estos tiempos es la apasionada búsqueda de un orden donde el principio fundamental sea la práctica del pluralismo en todos los órdenes, garantía necesaria para la realización plena del individuo, de su libre opción para realizar su presente y su futuro.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- Alemán, José Luis. "Posibilidades y límites de la Evangelización de las estructuras. Universidad, Cultura y Evangelización" (Seminario, UCMM). Santiago, 1988.
- _____. "Religión y Sociedad Dominicanas en los Años Mil Novecientos Setenta". *Estudios Sociales* 27 (1974).
- Daeman, Josep. *Agonía del Autoritarismo Católico*. Colección 70. Grijalbo, México, 1971.
- Ferrarotti, Franco. "La política y lo sacro". *Rinascita* No. 7, febrero, 1984.
- Henríquez Ureña, Max. *El Arzobispo Valera*. Río de Janeiro, 1944.
- J. Jahn, Mantu. *Las culturas de la negritud*. Guadarrama, Madrid, 1970.
- Mejía Ricart, Tirso. *La Universidad, la Iglesia y el Estado en la República Dominicana*. UASD., Santo Domingo, 1980.
- Pepén, Juan F. *La Cruz señaló el camino*. Ed. Duarte, Ciudad Trujillo, 1954.
- Samuel Sierra, Gotay. *Pensamiento cristiano en América Latina y el Caribe*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1954.
- Tanardo, Aldo. "Socialismo Regione Liberazione". *Rinascita* No. 36, julio 1984.
- Tato I Gruppi. *Il Comunisti e Mondo Cattolico Oggi*. Ed. Riuniti, Roma, 1977.
- Villamán, Marcos. "Algunos catolicismos vigentes en la República Dominicana". *Estudios Sociales* 73 (1988).
- Wipfler, William. *Poder, Influencia e Impotencia. La Iglesia como Factor Socio-Político en la República Dominicana*. Ed. Santo Domingo, 1980.